

Las caras de Sísifo¹ (Ficción bioética)

Pablo F. Argibay

Para C., que me acompaña diariamente...

La idea de la muerte purifica y hace las veces de jardinero que arranca las malas hierbas en su jardín. Pero ese jardinero siempre quiere estar solo y se enfada si los curiosos miran por encima de su muro. Así, yo oculto el rostro tras mi sombrilla y mi abanico para que la idea de la muerte pueda hacer apaciblemente su labor de jardinero en mí.

Emil Cioran²

Venía caminando por Coronel Díaz, luego de participar en unas jornadas de bioética. Más perturbado que distraído me dejaba llevar por mis piernas atravesado en mi cabeza por una discusión reciente. En realidad estaba más enojado conmigo mismo que con mi ocasional interlocutor o la discusión en sí. La cosa no había tenido mucho sentido y me acordé de Robert Nozick y sus *Explicaciones filosóficas*.³ Nozick plantea en la introducción que, cuando una persona argumenta, en realidad está tratando de convencer al otro de algo de lo que ese otro tal vez no quiera ser convencido. En fin..., que luego de mi conferencia, un alumno me hizo el planteo de una bioética universal a lo cual respondí en forma bastante descortés que el concepto de ética universal era al menos incoherente con dos conceptos: el de individuo y el de persona, ni que hablar con el de familia, barrio, comunidad, contexto, cultura en fin... Seguí argumentando que no se podía anteponer constructos sumamente abstractos como el de "humanidad" o "universalidad" al más concreto de "ser individual". Aparentado por la vehemencia y por el tono de la respuesta, el alumno se retiró de la discusión con un cabizbajo silencio, más abrumado que convencido.

El Parque Las Heras se acercaba y su verde disipó un poco mi angustia. Mi amigo Charlie decía que había leído un

libro en el cual se planteaba que la finalidad del psicoanálisis sería que cada uno se convierta en su propia madre y su propio padre. Tal vez, la finalidad del enseñar sea que cada uno se convierta en su propio maestro, no como autorreferencia, pero sí como motor de su propia búsqueda. No es aplastando con argumentos y datos inútiles como se podría lograr aquello. Llegué a Las Heras y Coronel Díaz y sin saber muy bien por qué, me senté en el pastito del parque. No sé si por el calor, la humedad o la modorra propia de un postalmuerzo tardío y mi cansancio interior, entre despierto y dormido me sacudió un tumulto dentro de la Penitenciaría Nacional. A través de las desmoronadas paredes no se veían presos en el patio donde una vez fue fusilado Severino Di Giovanni. El aspecto era más bien desolado y triste..., paradójico, ¿no?, pero nada más triste que una cárcel vacía. Será que podemos imaginar tanto dolor pasado y ya se sabe que la imaginación del dolor puede más que el dolor mismo. Como quiera que sea, frente a un inmenso paredón de fusilamiento solo se veía a un niño, grandes manos, cuerpo de adulto, mirada brillante y concentrada. Casi con una febril obsesión intentaba detener con sus grandes manos el ocaso del sol. La inmensa bola rojiza se quería escabullir junto con la tarde misma y el niño con sus manotas se aferraba como intentando apresar por sus costados una de esas gigantes esferas usadas para hacer gimnasia. Y no es que no lo lograra, parecía una lucha de titanes, las manos se agrandaban a medida que se aferraban y el sol se corporizaba en mil formas intentando desprenderse del abrazo. Finalmente, la bola pudo más y se fue con lo que quedaba de la tarde. Pero... ¿de dónde el tumulto? Detrás de mí las celdas, inmensos pequeños cubículos de tres por tres, estaban tan vacías como descascaradas de cal sus paredes. Las puertas de reja oxidadas y con los cerrojos descorridos hace rato que habían perdido su autoritaria imponentia y los camas-

1. Sísifo es una metáfora utilizada desde hace años por filósofos diversos y, sintéticamente, descrita en el artículo de Carlos Muso y Paula Enz, en el número de Junio de 2009 de la "Revista del Hospital Italiano de Buenos Aires". Tal vez el filósofo más conocido por su utilización de la figura de Sísifo sea Alberto Camus (1913-1960). En su "Le Mythe de Sisyphe" utiliza a Sísifo como metáfora del esfuerzo inútil e incoherente del hombre moderno y plantea el tema del suicidio como cuestión filosófica imperativa. Pero Sísifo tiene muchas caras, aún la de un melancólico niño.
2. Acerca de Isabel de Austria en conversación con Verena von der Heyden-Rynsch. En: Cioran EM. Conversaciones. Barcelona: Tusquets; 1996.
3. Robert Nozick. Philosophical explanations. Boston: Belknap Press; 1983.

tros estaban desvencijados y apenas cubiertos por restos de colchones. Los minúsculos inodoros habían olvidado su capacidad de heder y una costra entre verdosa, negra y rojiza los cubría. Delante de mí, el niño no lucía desolado con la partida del sol y ahora que sus rayos enceguecedores se habían ido se podía observar a ambos costados del paredón de fusilamiento a una muchedumbre, más gimiendo que enardecida. El tumulto original, más parecido al de un clásico de domingo que al de un recreo de presos, iba difuminándose en un unísono llanto como proveniente de mil cunas carentes de cuidados. Vestía la multitud harapos que algún día fueron blancos y ahora apenas grises atravesados con descoloridos negros. Estaban de rodillas, oraban o al menos eso parecía. El niño, antes Hércules con sus manazas, ahora parecía más bien un anciano pequeño, cuerpo menudo y arrugado, ojos apagados, manos diminutas. Miraba a ambos lados a ambas multitudes. La mirada era de misericordia, arrepentimiento y pena, y, sin embargo, detrás de esos globos opacos se veía un apenas destellar, como de sabiduría. Mañana comenzaremos de nuevo, dijo. Y entonces pareció darse cuenta de mi presencia. ¡Ah!, el médico, comentó como al pasar y sin sonrisa de bienvenida. Parecía un director de escuela esperando en su despacho para dar un sermón al niño revoltoso del día. ¿Qué has visto aquí esta tarde?, preguntó sin siquiera saludar, como si nos conociéramos desde antes de yo haber nacido. Futilidad, dije sin pensar. Un esfuerzo vano, tal vez inútil, continué un poco vacilante. En definitiva yo había presenciado una pelea no tan desapareja y mi juicio era más racional que empírico. ¿Futilidad? ¿Esfuerzo vano?, contestó el niño. ¿Pero no eres acaso sacerdote de una corporación que diariamente practica con una dedicación casi fundamentalista el vano esfuerzo de detener la muerte, más que de acompañar a aquellos que se van? Ahora el niño sonreía y su cuerpo adquiría vitalidad. ¿La muerte?, la muerte es mi enemiga y la de aquellos a los que trato, dije con altanera certeza y agregué: ¿No trata de eso la medicina? ¿Pero qué tiene que ver la muerte con este acto tuyo y quiénes son estos despojos gimientes ahora y enardecidos hace apenas un rato? Presos no están, eso es fácil verlo. Las celdas están abiertas y el gran portón del penal es una ruina oxidada y caída. Están presos, dijo el niño. Y más presos aún porque se sienten libres. Están en la peor de las mazmorras: están en la ignorancia. Y su algarabía, si eso es motivo de tu curiosidad, se debe a que los posee un miedo atroz a la oscuridad. Es que los pobres creen que con la luz ven y nada pueden temer ya que pa-

ra ellos ver es conocer. Los aterra el mundo de lo oscuro donde todo se mezcla y nada es claro. Esos hombres parecían en éxtasis, ya que yo, un preso más entre los presos, tengo asignada la tarea de detener al sol en su diaria huida. Fracaso cada día, ya que la oscuridad es el destino y la luz solo un préstamo diario. Sin embargo ellos tienen fe y ya se sabe que la fe es hija boba de la ignorancia. Pero, pareces diferente, protesté con energía. Hay algo de sabiduría en ti, dije. No soy tan diferente, respondió el niño con tristeza. Ellos no saben. Yo sé, pero jamás he podido conciliar lo que siento con lo que sé. Pero volvamos a tus actos frente a la muerte. Tal vez esos actos expliquen por qué debes estar aquí como chivo emisario de la corporación. Nuevamente, la cara de director de escuela disgustado. No tengo nada que explicar, dije con enojo. Soy médico y mi labor consiste en luchar por la vida, prolongarla hasta los límites. Detener la muerte hasta donde se pueda. Hacer que todo embrión nazca y todo adulto viva un poco más. No importa cómo ni para qué, la vida es sacra. ¿Tu labor?, contestó el niño en un susurro. Tu acción humana periódica, supervisada, dotada de sentido, ironizó ahora. Tu acción, prosiguió, como toda acción humana es producto o de la ignorancia o de la incoherencia. Estos presos son ignorantes y actúan creyendo ser parte de un propósito. Pasan gran parte de su vida temiendo a la oscuridad, se lamentan y al final se conforman otorgándoles un sentido a sus actos. ¿Y tú?, protesté, aunque previendo la respuesta. Yo no juzgo, dijo; yo hace tiempo que entendí el sinsentido y la nada, pero conviven en mí sensaciones ancestrales y el saber. Quieren que detenga el sol y lo intento, aun sabiendo lo absurdo de la acción. De alguna manera, en este lugar donde nuestra condena es a prisión eterna, mis acciones son también humanas. Pero, dijo señalando arriba, casi comienza un nuevo día y debo dormir. Espero que tan solo hayas aprendido algo. Que la muerte está en el universo antes que la vida, que se la debe respetar, aunque a veces reprender y detener..., solo a veces. ¡Tan pocas veces! Tantas otras hay que acompañarla y respetarla, sacar del camino que nos conduce a ella el dolor y el sufrimiento estériles. La muerte es parte de la vida. La muerte, querido médico, es necesaria para la vida. Pero ¿y la corporación?, balbuceé en vano, ya que un agente de policía, alertado por los vecinos que vieron dormir a un vagabundo tan bien vestido en su impecable parque, intentaba despertarme. Abrí los ojos y la luz de la luna iluminaba el frontispicio de la Academia Nacional de Medicina.

Buenos Aires, abril de 2009